

*De la literatura a la cuina de la Mediterrània: de la pasta de la nonna a la moussaka*



Al llegar a la altura de la *trattoria* San Calogero, el comisario, que caminaba apurando el paso, se detuvo en seco como hacen los burros cuando, por misteriosas razones, deciden pararse y no moverse por muchos azotes o puntapiés que les den en la tripa. Consultó el reloj. Eran sólo las ocho. Demasiado pronto para cenar. Pero el trabajo que lo esperaba en Vía Cavour sería muy largo y seguramente le llevaría toda la noche. Podía empezar e interrumpir su tarea sobre las diez...Pero ¿y si le entraba el apetito antes?

- ¿Qué hace, señor comisario, se decide o no se decide?

Era Calogero, el dueño de la *trattoria*, mirándolo desde la entrada. No esperaba otra cosa.

El local estaba completamente vacío; cenar a las ocho de la tarde es cosa de milaneses; los sicilianos empiezan a tomar en consideración la idea de cenar pasadas las nueve.

- ¿Qué tenemos de nuevo?
- Fíjese en eso – contestó con orgullo Calogero, señalando el mostrador refrigerado.

La muerte se les nota a los peces en los ojos, se los empaña. Aquéllos, en cambio, aún los tenían vivos y brillantes como si todavía estuvieran nadando.

- Hazme cuatro lubinas.
- ¿No quiere nada de primero?
- No, ¿Qué tienes de aperitivo?



- Unos pulpitos que se deshacen en la boca. No tendrá que usar los dientes.

Era verdad. Los pulpos eran tan tiernos que se le disolvieron en la boca. Con las lubinas, tras haberlas aliñado con el “condimento del carretero”, es decir, aceite aromatizado con ajo y guindilla, se lo tomó con calma.

El comisario tenía dos maneras de comer el pescado. La primera, que adoptaba de mala gana y sólo cuando tenía poco tiempo, consistía en quitarle las espinas, recoger en el plato sólo las partes comestibles y empezar a comérselas. La segunda, que le producía mucha más satisfacción, consistía en quitar las espinas a cada bocado ya aliñado en el momento de comérselo. Ciertamente tardaba más, pero aquel tiempo de más servía de rodaje: durante la limpieza del bocado aliñado, el cerebro hacía entrar en acción los sentidos del gusto y del olfato de tal forma que uno tenía la sensación de comerse el bocado dos veces,

Andrea Camilleri ( 2000) *Excursión a Tindari*  
(trad: M<sup>a</sup> Antonia Merini, 2004)

